por Jerusalén arrastrando la cabeza del gigante, la cual llevaba asida de los cabellos, y le cantaban a coros la victoria y gloria los del pueblo, estos santos niños llevaban la de los ídolos a presentar a Dios como despojos dignos de su santa gloria y victoria, y así los recibirían los ángeles y compañías celestiales con grandes regocijos, en especial otros santos mártires y profetas; de los cuales dice San Pablo que por esta misma fe que estos niños murieron, fueron atormentados, azotados, encarcelados, afligidos, apedreados, aserrados, como fueron Elías, Jeremías, Isaías, San Juan Baptista, San Lorenzo, San Estéban y otros sin número, que callo; de los cuales (concluye el glorioso apóstol) no fue digno el mundo; y como indignos los hombres mundanos de tan santa compañía los apartó Dios de ellos; y muriendo en manos tan sacrílegas los recibió en las soberanas suyas.

CAPÍTULO XXXIV. *Donde se dice cómo ocultaron los indios los cuerpos de estos santos niños, y de la manera como se descubrieron y pagaron los delincuentes su pecado*

EL SANTO VIEJO TOBÍAS, CUENTA LA Sagrada Escritura que tenía grandísimo cuidado de recoger los cuerpos de los hombres que los enemigos del pueblo de Dios mataban, y los encerraba en su casa, y luego de noche, cuando en más silencio y reposo estaban todos, los sacaba y llevaba a enterrar; y ésta es una de sus mayores alabanzas. Pues esto que a Tobías sucedía, sucedió a estos perversos homicidas y malhechores, pero muy diferentemente, porque Tobías enterraba los cuerpos de los que otros mataban, y eran de su pueblo; y estos indios los que ellos atormentaron, aguardando la noche para ejecutarlo, la cual venida, cogieron los inocentes cuerpos (que eran de la edad de Cristóbal) y lleváronlos desde aquel pueblo de Quauhtinchan al otro de Tecalli, que dista dél una legua, y echáronlos a rodar por una barranca abajo, pareciéndoles que aquél era el remedio para que no se supiese. Pero como no hay pecado oculto (como dice Cristo) que no se sepa, para que la maldad sea castigada, sucedió que faltando el niño Antonio con su paje, y viendo que tardaban, pusieron mucha diligencia los padres dominicos en buscarlos. Y este mismo cargo dieron a un alguacil que residía en Tepeaca, llamado Álvaro de Sandoval; y éste por su parte, y los religiosos por la suya, pusieron tanto cuidado y solicitud que muy en breve hallaron los niños muertos, siguiendo el rastro por donde habían ido y donde se habían desaparecido. Súpose luego quién los había muerto; prendieron a los homicidas, pero, aunque fueron constreñidos, no confesaron, por cuyo mandado los habían muerto, aunque confesaron la muerte de plano, haciéndose hechores de ella, y la manera de muerte que les habían dado; y con demonstración de sentimiento dijeron que conocían haber errado y hecho un grande y pernicioso mal, y que merecían la muerte por ello; y que pues sabían de cierto que habían de

morir, pedían muy encarecidamente los baptizasen primero, porque ya que pagasen los cuerpos las almas se salvasen. Ya parece que en estos infieles comenzaban a obrar las oraciones, sangre y méritos de aquellos benditos niños inocentes; pues estos infieles no habían sido predicados ni enseñados, más de por la paciencia e inocencia con que vieron morir a los que ellos mataron.

No es cosa nueva que las oraciones y derramamiento de sangre, de algunos que han muerto por Dios, hagan efecto en aquellos persecutores y atormentadores que les han quitado las vidas; porque aun en la muerte de Cristo señor nuestro vemos verificado que lo que no hicieron viviendo este maestro soberano, ni cuando estaba padeciendo (que sólo en esta ocasión se convirtió un ladrón), hicieron después de haber expirado, que fue convertirse y arrepentirse de lo hecho; y esto fue porque ya comenzaba a obrar en ellos su pasión santa y la oración que por ellos hizo en la cruz. Porque decir que, por los milagros que allí vieron, dijo el centurión, verdaderamente éste era hijo de Dios, confesando esta verdad, y los otros que se volvían dándose golpes en los pechos iban con arrepentimiento, por sólo esto, no es de creer, porque muchos más milagros hizo Cristo viviendo que muriendo, y no porque vieron tantos se arrepintieron éstos de su mala vida, sino cuando le vieron muerto; y entonces consideraron su paciencia, su sufrimiento, su caridad y humildad y otras cosas concernientes; aunque no niego que fue mucha parte ver oscurecerse el sol y darse las piedras unas con otras y otras cosas. Pero aquel *consumatum est*, que fue haber hecho todo lo que se debía hacer por el hombre; y aquella oración, perdónalos Señor; y aquella sangre derramada, y aquel ir a rogar por los hombres a la diestra del Padre, todo esto fue la causa de tan súbita y repentina conversión.

El glorioso padre San Agustín dice, que si no fuera por las oraciones de San Esteban no tuviéramos un tan gran doctor como San Pablo, por quien rogó en su muerte, pidiendo a Dios perdón para los que le daban la muerte. Pues estos niños (que según la que estos infieles homicidas les dieron) estaban ya gozando de Dios; porque no hemos de creer que en recompensa de tanto bien como les hicieron, aunque por tan mal medio, no habían de pretendérselo a ellos también; pues el mayor que se les podía comunicar era el conocimiento de sus culpas y arrepentimiento dellas, y pedir con fervor el medio con que se había de conseguir este fin, que es el bautismo. Pues esto que tanto les importaba les alcanzaron estos benditos niños; y así, arrepentidos de su mal hecho, pidieron el bautismo y se lo dieron. Luego fueron por los cuerpos destos niños y, traídos, los enterraron en una capilla adonde los frailes decían misa, cuando allá iban. Afligíanse mucho, llorábanlos aquellos padres de Santo Domingo, viendo la muerte tan cruel que les habían dado, en especial habiéndolos traído debajo de su amparo; y crecíales el sentimiento en la consideración de la del niño Antonio, que era nieto de Xicotencatl (como hemos dicho), uno de los cuatro señores de Tlaxcalla, y que heredaba su estado y señorío; y tenían mucho dolor y pena de lo que había de sentir el siervo de Dios fray Martín de Valencia cuando

lo supiese. Tomóse por acuerdo que los homicidas fuesen llevados a Tlaxcalla, para que más por entero se satisfaciesen los padres y deudos de los niños muertos; y para que humillándose a ellos alcanzarían, por ventura, los delincuentes perdón de su culpa; pero como lo entendió el señor de Quauhtinchan y sus principales, que debían de ser culpados en haberlo mandado, temiendo que les caería a cuestas, si allá se lo preguntasen por algún modo extraordinario u de tormento, cohecharon a un español que estaba en Quauhtinchan con joyas de oro y otras preseas de valor para que estorbase la llevada de los homicidas a Tlaxcalla. Éste se concertó con otro ministro que tenía cargo en Tlaxcalla, y partió con él de las preseas recebidas, el cual sobornado con el interés y presente, salió al camino y estorbó la ida de aquellos indios.

Nunca el interés y cudicia hicieron buena amistad a nadie, porque siendo ambas cosas por sí mismas malas, no pueden ordenar buenos fines, ni es razón que me quiebre la cabeza contando traiciones que han hecho, reinos que han asolado, ni honras y noblezas de linajes que han abatido y avergonzado; pero porque no vaya a secas, oigamos a San Pablo que le dice a su discípulo Timoteo: La raíz de todos los males es la cudicia, como quien dice, dadme un hombre cudicioso que yo os lo daré vil, apocado y que no haya bajeza que no acometa, ni pecado que no intente, hasta llegar a punto (dice San Pablo)[1] que yerre en la fe; porque ni la guardan a Dios, ni a los hombres. Mírese lo que pasó en la ciudad de Belgrado, cuando el otro turco la entró por dádivas; cuando se persuadían, al cabo de mucho tiempo que la tenía cercada, a que levantase el cerco, porque no tenía portillo ni entrada por la aspereza de las subidas, que preguntó, ¿por ventura hay camino por donde suba un asno cargado de oro? Y respondiéndole que sí, dijo: pues ése me basta para entrar; y así fue que, con dádivas que dio, abrió puerta otro día por donde entró a hacerse señor de sus muros y alcázar. Inocencio papa, tratando de la vileza de la condición del hombre, dice: La raíz de los males es la cudicia, ésta comete sacrilegios y hurtos, robos y salteamientos de caminos, mueve guerras y ordena homicidios, vende y compra simonías, da y recibe con mezcla de maldad, hace empréstidos y negociaciones injustas, hace fraudes y prepara engaños, quebranta la fe, corrompe el juramento y pervierte la justicia.

Bien se verifica todo esto en estos ministros cudiciosos, pues por joyas y dádivas que les dieron, ni guardáronse a la justicia que debían hacer, ni respeto al juramento que hicieron de hacer fiel y rectamente su oficio; pero como Dios es justo y anivelado en todo, tomó por medio esta injusticia para que los unos y los otros pagasen; porque todas estas diligencias que hicieron fueron en daño de los solicitadores, porque los dos españoles codiciosos fueron por ello después azotados y no gozaron del oro recebido; y la justicia de Mexico envió luego por los presos y los ahorcaron. Y fue cosa maravillosa que aunque los delincuentes no declararon los cómplices, ni confesaron por cuyo mandato los habían muerto, lo rodeó Dios de ma-

[1] 1. Ad Tim.

nera que se descubrió pasado algún tiempo; porque obstinado aquel mal cacique de Quauhtinchan, y añadiendo pecados a pecados, hizo otros semejantes al pasado, por los cuales se vino a descubrir, y ellos y todos los fautores fueron ahorcados en horcas públicas, donde pagaron las muertes de los niños Juan y Antonio y las otras que después déstas cometieron.

CAPÍTULO XXXV. *Del sentimiento que hizo el santo fray Martín con la nueva de la muerte de los niños, y se engrandece una alabanza de la ciudad de Tlaxcalla*

CUANDO EL SANTO FRAY MARTÍN DE VALENCIA supo la muerte destos sus hijos, que espiritualmente había criado, y como habían ido con su bendición y licencia, causóle mucho dolor y llorábalos como a hijos muy queridos. Bien encontradas lágrimas son las deste bendito religioso, de las que lloró el santo rey David a las nuevas que le trajeron de la muerte de su hijo Absalón, porque David lloró la perdición de su hijo por haber muerto en pecado, persiguiendo a su padre; y este padre bendito de contento, porque sabe que estos sus hijos fueron a gozar de Dios, para cuya compañía fueron criados; y entre lágrimas y suspiros nacían en su boca sollozos de contento y consuelo, con la consideración de ver que tenía ya el cielo primicias de los recién convertidos desta tierra, y que había en ella quien muriese por destruir las idolatrías, confesando a Dios y procurando de quitar sus ofensas; y en cuanto esta razón les tenía mucha envidia, porque (como veremos en el discurso de su historia) deseó grandemente este fervoroso hombre morir por esta verdad, y lo pidió muchas veces a Dios con grandísima instancia, y confesó que nunca lo había merecido; porque, como dice David, los caminos del Señor son misericordia y verdad, y estas dos cosas comunícalas como más conviene a su servicio; porque no son sus pensamientos (como dice por Isaías) como los nuestros, ni sus caminos semejantes a los que nosotros seguimos. Y siendo incomprensibles sus juicios (como dice San Pablo), y tan desusadas y sin senda sus huellas y pisadas, no hace lo que queremos, sino lo que su majestad santísima quiere y ve que conviene. Crecían las lágrimas de este apostólico varón cuando se acordaba que en la amonestación que a la partida les hizo le respondieron: padre, ¿pues no mataron a San Pedro y a San Pablo y desollaron a San Bartolomé? Pues en que nos maten a nosotros no nos hace Dios grandes mercedes.

Hablando con Tlaxcalla podríanos decir aquí, con grande congruidad y conveniencia, lo que el bienaventurado San Agustín[1] dice, hablando con la ciudad de Belén: Bienaventurada eres, Belén, tierra de Judá, que sufriste la crueldad e inhumanidad de Herodes en la muerte de los niños inocentes. Tlaxcalla significa lo mismo que Belén, por que quiere decir casa de pan;

[1] Div. Aug. Serm. 3. de Innoc.